

Academia de Buenas  Letras de Granada

# DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

ILMO. SR. DON EDUARDO CASTRO

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA

Y

# CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. D. JUAN DE LOXA

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO

DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

EL DÍA 8 DE MAYO DE 2006

GRANADA

MMVI

*Edita:* © Academia de Buenas Letras de Granada  
academiabuenasletras@hotmail.es  
*Imprime:* La Gráfica S.C.And. - Granada  
*Depósito Legal:* Gr-880/2006  
*I.S.B.N.:* 84-934816-2-9 / 978-84-934816-2-9

# DISCURSO

DEL

ILMO. SR. DON EDUARDO CASTRO

El vino en la literatura  
(Breve ensayo preliminar  
para una futura antología)

Excmo. Sr. Presidente,  
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,  
Señoras y Señores:

**C**UANDO barajaba las distintas posibilidades que creía tener ante mí para encarar con éxito mi discurso de ingreso en esta casa, varios fueron los académicos consultados, incluido el presidente, que me animaron a decantarme por el finalmente elegido. Versará éste, si no lo impiden el dios del vino (sea el griego Dyonisos, el romano Baco, el egipcio Osiris o el mismísimo Jesús judeo-cristiano) o el ángel de las bodegas (aquél que a **Rafael Alberti** le enseñó que “hay puertas al mar que se abren con palabras”), tratará, digo, y me refiero al dichoso discurso, sobre un repaso a las muchas y variadas huellas que el vino ha dejado en la literatura, no sólo escrita, sino también oral, y no sólo en nuestra lengua, sino universal.

Vaya por delante que no cabe aquí discusión alguna sobre cuál de estas dos querencias mías —el vino y la literatura— es más antigua, y no lo digo respecto al gusto personal de cada cual, sino en cuanto a la historia de la Humanidad. No cabe discusión porque, por mucho que su origen sea en ambos casos ciertamente legendario, se da la circunstancia de que del nacimiento del vino ha quedado constancia literaria, mientras que del principio de la literatura ni siquiera tenemos la más remota referencia vinícola. Como dice **José Manuel Caballero Bonald**, resulta especialmente tentador atribuirle a la biografía del vino la misma antigüedad que a la del hombre. En opinión del escritor jerezano, y aún sin que existan al respecto datos fiables, no parece demasiado insensato admi-

tir que nuestros mitológicos primeros padres fueran también los primeros consumidores de zumo de uva, aunque es probable que lo bebieran sin fermentar o mal fermentado y en cantidades más bien discretas. La verdad es que no hay certeza de que, en los tiempos en que transcurre la acción del *Génesis*, lograra nadie hacer envejecer ninguna clase de mosto, pero tampoco faltan quienes pretenden asociar la vid al árbol del paraíso, con lo que en cierto modo vienen a insinuar que ya Adán y Eva se tomaron sus traguitos.

Como pueden ustedes suponer, lo de atribuirse el descubrimiento de la vinificación de la uva –es decir, el invento del vino– no es patrimonio exclusivo judeo-cristiano-occidental, por supuesto. Muy al contrario, en ello coinciden prácticamente las culturas más remotas del mundo, y lo cierto es que todas lo hacen con inusitado y unánime fervor. Existen testimonios al respecto del pueblo sumerio, el más antiguo de la Baja Mesopotamia y cuna de la posterior civilización babilónica; del pueblo hindú, a través de textos védicos, concretamente de un compendio de historia natural del sabio **Pulastaya**, traducido por los sirios asentados en Andalucía; del pueblo persa, como se deduce del famoso *Zend Avesta*, el libro sagrado atribuido a **Zoroastro**; e incluso del pueblo chino, en el libro llamado *Tchen-Ly*, escrito hace ya 4.000 años, o en el raro y fascinante *Libro de los Cantos*, un copioso florilegio de poesía anterior al siglo VI a.C. Cuenta Caballero Bonald en su *Breviario del Vino* que en uno de esos cantos se narra con deleitosa solemnidad la historia de un viñador impaciente que vendimió antes de tiempo y lloró luego sobre las vasijas que contenían un vino indecoroso. No era para menos.

Sería demasiado osado, sin embargo, concluir de todo esto que sumerios, hindúes, persas o chinos de la antigüedad lle-

garon a producir y consumir el vino tal y como ahora lo conocemos. Sin ánimo de barrer para casa, esto cabe más bien atribuírselo a la cultura mediterránea. Las referencias aclaratorias están al alcance de todos, y no sólo en cuanto a fenicios, griegos y romanos, sino también a los mismos egipcios, que al parecer bebían mucho y bien. Digamos, como anécdota, que la palabra ‘vino’ fue una de las primeras que **Champolion** consiguió descifrar en la escritura de jeroglíficos gracias a la piedra ‘Rosseta’ y que se trataba de una bebida extendida entre la clase noble, ya que el pueblo lo que consumía era cerveza. Lo que no deja de ser curioso, sin embargo, es que en ninguna tradición antigua se atribuya la creación del vino al ser humano, sino que siempre se explique como resultado de un proceso misterioso, un don que viene dado por los dioses, una transformación mágica. Imaginemos el impacto que causaría en la mentalidad de aquellos pueblos ver la transformación tan brusca por la que un producto totalmente natural como el zumo de la uva se convertía en otro, también natural, pero de tan diferentes características, como el vino, y haciéndolo además mediante un fenómeno tan violento como la fermentación alcohólica. Si ustedes han tenido ocasión de ver la fermentación alcohólica, acordarán conmigo lo impresionante que resulta ver burbujear el líquido, aparentemente de pronto y porque sí. Pero sigamos con los egipcios, que consideraban el vino como una donación de Osiris, dios al que se remonta también la primera transformación del vino en sangre, que tanto aparece posteriormente en otras religiones. Así, siguiendo la orden de Osiris, su esposa Isis y su hijo Horus beben ambos su sangre transformada en vino a fin de que ninguno de los dos le olvide después de su muerte y le busquen hasta la reunificación.

Pero, aunque en cualquier manual de historia del antiguo Egipto son frecuentes las referencias al vino, la *Biblia* es, en este sentido, nuestra más importante fuente de información, ampliada ya, naturalmente, a todos los pueblos semitas. En el *Génesis*, cuando José cuenta sus sueños, se ponen en su boca las siguientes palabras: “Veía delante de mí una vid que tenía tres sarmientos y crecía insensiblemente hasta echar brotes, y, después de echar los brotes, maduraban las uvas; y la copa del Faraón estaba en mi mano, y cogí entonces las uvas y las exprimí en la copa que tenía en mi mano, y serví con ella al Faraón”. La cosa parece bastante clara. Como clara es también la referencia del *Antiguo Testamento* al patriarca Noé como indiscutible inventor del vino y protagonista de la primera borrachera de la literatura occidental, pasaje relatado por **Moisés** en el primer libro del *Pentateuco*: “Después, Dios bendijo a Noé... Y Noé, que era labrador, comenzó a labrar la tierra y plantó una viña, y bebiendo luego de su vino, quedó embriagado y echose desnudo en medio de su tienda”.

Mi amigo **Joaquín Villagrán**, fundador de la Academia del Vino de Andalucía y autor de uno de los pioneros y más premiados tintos de nuestra tierra, el excelente ‘Cortijo de Anagil’, prefería en cambio la “leyenda del rey sumerio”, que no en vano coincide en fecha con los primeros aparatos para elaboración de vino de los que se tienen noticia: una prensa de madera del milenio séptimo antes de Cristo aparecida en la ciudad de Damascus. Según nos contó a los Amantes del Buen Vino en nuestra primera fiesta de Vinalia, el fundador de Persépolis, Jam-Sheed, conocido amante del fruto de la vid y del placer femenino, allá por el año 7000 a.C., mandaba guardar las uvas, por supuesto tintas, en grandes tinajas para su degustación por largo tiempo. Pero he aquí que inter-



vino en su vida un proceso natural, y las uvas contenidas en una de las tinajas sufrieron la fermentación violenta, proceso natural que, mediante las levaduras del género *Saccharomyces* depositadas en el hollejo de la uva, transforman la glucosa en alcohol. Naturalmente, el producto resultante fue un líquido espeso y oscuro, de color vinoso y en aquel tiempo desconocido, que en la corte se consideró veneno. Por aquellos días, la favorita real estaba padeciendo un proceso de rechazo por parte del rey, por lo que decidió quitarse la vida, y a tal efecto consumió varios vasos de aquel veneno de la tinaja. Pero aquel veneno, el vino, en vez de matarla, la euforizó de tal forma que con su encanto, risas y cariño contagió al rey que, enamorado de nuevo de ella, decidió morir al mismo tiempo, con lo que ingirió varios vasos del mortal brebaje. La reconciliación y el disfrute amoroso fueron permanentes. Y así comenzó un ritual que, lejos de dar muerte, daba vida, y que los hombres continuaron a lo largo de la historia... Así, pues, nació el vino en Persia: de la vid y del amor. Y, lógicamente, no pudo bautizársele con más apropiado nombre: *Teher-e-Kooshon*, 'el veneno delicioso'.

Mas regresemos de nuevo a la cultura hebraica, donde el vino tenía tal importancia que en la *Biblia* aparece nombrado nada más y nada menos que unas 650 veces. Tal era la habilidad y el arte de los hebreos como vitivinicultores que las viñas y bodegas egipcias estaban dirigidas y controladas por esclavos de este pueblo, cuyo culto al vino culminaría siglos más tarde con su conversión en la Sangre de Cristo, mito clave de nuestra civilización judeo-cristiana y que tantas veces se practica a diario desde entonces en todo el mundo gracias a la religión católica.

De toda la antigüedad, la figura mitológica más unida al mundo del vino es indiscutiblemente la de Dionisos, dios

griego que más tarde se transformaría en el Baco de los romanos. Sabemos que en ambos casos se trata de civilizaciones eclécticas, es decir, que tanto griegos como romanos aceptaban y adoptaban los usos, cultos y costumbres de los pueblos que les rodeaban, ya fuesen conquistados o no, y entre esos cultos ajenos incorporados como propios por Grecia está precisamente el de Dyonisos, cuyo origen parece que se encuentra en culturas anteriores y desaparecidas del Asia Menor. En principio, Dyonisos fue un dios de la fertilidad y la agricultura, pero más tarde derivó hacia un papel fundamental para los pueblos mediterráneos: protector de la viña y el vino. Poco después se convertiría además en protector de las artes: la música, el teatro, la pintura, la escultura... Aunque se consideraba como el más joven de los inmortales del panteón helénico, también era el que tenía la influencia más fecunda sobre el espíritu griego, no en vano poseía el elixir del vino, que además de apaciguar las tristezas y proporcionar el mayor placer, andaba en cantares y poemas desde los tiempos de **Homero**, que hizo ya referencia al “vino de oscuros y áureos reflejos”. El mismo vino que **Sócrates** conjugaba con la amistad, cuando entre sorbo y sorbo de *Corinto* decía, en serena y alegre conversación, y mientras la filosofía iba madurando, aquello tan hermoso de: “Prefiero un amigo a todos los caprichos y a todo el oro del rey Darío”. Para **Jenofonte**, sin embargo, tenía un pero, pues lo describió como “una bebida agradable que provoca dolor de cabeza”. Por cierto que, para quienes piensen que el soleo de las uvas es patrimonio andaluz, oigan la siguiente cita de *Los trabajos y los días*, obra escrita por **Hesiodo** en el s. VIII a.C.: “...cuando Orión y Sirio se dirigen al centro del cielo y Arturo ve la aurora de dedos rosados, entonces Perseo coge un racimo de uvas y trae tu

cosecha a casa. Expón las uvas al sol durante diez días y diez noches, luego cinco días a la sombra, y al sexto, echa en las jarras el regalo del alegre Dionisio”.

Y mientras en Grecia era de uso común, aunque de consumo serio y generalmente medido y moderado, otra cosa bien distinta es la civilización romana. La cultura latina es esencialmente ‘el amor gozoso de la vida’. Ya **Ovidio** en su *Ars amatoria* dice que “para conquistar a una bella dama debéis ofrecer vino en copa de oro y posar los labios donde los suyos bebieron”. Si la cultura helénica persigue en todas sus expresiones un ideal de belleza abstracta, la latina es por su parte una realidad viviente: es vida y amor; es costumbre e innovación; es placer y severidad; es, en fin, amor y guerra, unidos en tan perfecto maridaje que implica una difícil comprensión a la frialdad de su estudio. Así es como en Roma aparece verdaderamente el culto al vino, hasta el punto de que la elección de los vinos para un banquete se discutía largamente, aplaudiéndose y comentándose las elecciones bien hechas. **Julio César**, en el banquete por su consulado, ofreció cuatro vinos: dos griegos y dos latinos. Las grandes cosechas eran comentadas e incluso bebidas durante largo tiempo. El famoso *Pimiano* (del año del consulado de Opimius, en el 121 a. C.) llegó a consumirse 125 años después. Era tan importante el vino que llegó a considerarse como un tesoro, tanto que en ocasiones una buena partida entraba como parte de la dote de una hija casadera. De todas formas, en el consumo y la elección de vinos intervenía ya grandemente el factor moda, rivalizando los mecenas en el servicio y consumo de vinos caros, y estando tan mal visto como ahora el servicio de vinos mediocres. Los vinos viejos siempre tenían éxito y cuanto más importante era la ocasión a celebrar, más viejo debería

ser el vino. **Horacio** nos habla de vinos con cuarenta y hasta sesenta años de vida. La cultura del vino llegó a ser tan sofisticada entre los romanos que se cuenta la anécdota de que Nerón quiso envenenar al general Livius por haber perdido una batalla en las Galias y añadió un activo veneno a un vino de Falerno, pero el general, que era un buen catador y conocía bien el vino, al notar algo raro en su olor e imaginar lo que era, rechazó la copa alegando que el vino no estaba en buenas condiciones, y el emperador entonces, admirado de su capacidad sensorial, le perdonó la vida.

Resulta curioso que, a pesar de la infinidad de limitaciones y prohibiciones que en el Imperio Romano tenían las mujeres, se les permitiera sin embargo beber vino, e incluso que estuviera bien visto que se ‘marearan’ un poco en fiestas y banquetes, aunque sin llegar a la borrachera, que sí era ya considerada como algo deshonesto. **Horacio** decía que el exceso en el consumo del vino, y sobre todo el vino derramado y perdido en las fiestas, debía considerarse como una de las tristes consecuencias de la muerte que se aproxima y que nos obliga a abandonar las buenas cosas de la vida: nuestra casa, la tierra esposa, las plantas queridas y “el vino que guardamos con siete cerraduras” para la expresión y el contento de propios y extraños. Digamos, por fin, que las costumbres relativas al vino en el Imperio Romano fueron origen de tres de las principales fiestas de la época: la ‘Vinalia’, la más antigua, dedicada exclusivamente al vino; la ‘Liberalia’, dedicada al vino y la gastronomía, y la ‘Bacanalía’, dedicada al vino, la comida y los placeres carnales.

En cuanto a nuestra tierra y nuestros vinos, no hay que olvidar que su fama se remonta también a la antigüedad y que ya griegos, fenicios, cartagineses, romanos e incluso árabes

recorrieron las costas del antiguo reino de Tartesos tras el rastro de lo que ya el historiador griego **Polibio** describía como “sol líquido”, que, según él exageradamente afirmaba, se conservaba con celo en vasijas especiales de plata. El poeta **Marcial**, originario de la Bética, cantaba también sus excelencias a los emperadores romanos, mientras que el gran filósofo cordobés **Lucio Anneo Séneca** llevaba a Roma los caldos de su tierra para presumir allí de su lugar de origen con el mejor vino del Imperio. Un vino que, en sus propias palabras, “lava nuestras inquietudes, enjuga el alma hasta el fondo y, entre otras virtudes, asegura la curación de la tristeza”. Con todo, no sería hasta en plena Edad Media cuando la fama de los vinos andaluces se extendiese por toda Europa, a raíz de la difusión de un tratado escrito en el año 1264 por **Alfonso X**, en el que el *rey Sabio* ensalzaba la excelencia de nuestros caldos generosos. A partir de entonces, las citas sobre el *jerez*, por ejemplo, se han prodigado en la literatura universal, y hasta el mismísimo **William Shakespeare**, en su drama *Enrique IV*, hizo decir al famoso y orondo Falstaff: “Si mil hijos tuviese, el primer principio humano que les enseñaría sería abjurar de toda bebida insípida y dedicarse al vino de Jerez”.

En cuanto a los poetas de Al-Ándalus –nunca, por cierto, enemigos del vino, pese al Corán– lo enaltecieron con delicadeza. **Abu-l-Hasán**, secretario del rey sevillano Al-Mutadid, ensalza así en pleno siglo XI sus reflejos al ser servido: “El reflejo del vino atravesado por la luz colorea de rojo los dedos del copero, como el enebro deja teñido el hocico del antílope”. **Ben-Sirach**, de Córdoba, un siglo más tarde, hace salir en un banquete “la luna del vino” para que rodee “las estrellas de los comensales”. **Idris Ben Al-Yaman**, también en el siglo XI, ve los vasos aligerarse con el sutil vino que desata las len-

guas: “Y estuvieron a punto de volar con lo que contenían –escribe– del mismo modo que los cuerpos se aligeraban con los espíritus”. A **Ben Al-Zaqqaq**, de Alcira (muerto hacia el 1135), lo mira el vaso del vino “con las pupilas de sus burbujas”, que sustituyen a los ojos lánguidos, mientras **Ben Muchbbar**, de Murcia (que murió en el 1191) protesta así contra la luz del vino, gloria de los ojos: “La botella niega con su color las luces del vino, como el corazón del envidioso niega la mano del que la favorece”. A **Al-Mutamid**, excelente poeta y último rey abadí de Sevilla, muerto en el exilio marroquí en el año 1095, probablemente de nostalgia, le gustaba tanto el vino que se burlaba en público de los que sólo bebían agua. Por supuesto, no fue el único, pues el caso es que nadie ha escrito mayores elogios del vino que los poetas andalusíes, entre ellos el príncipe cordobés **Al-Malik**, de la dinastía omeya, quien cien años antes que el sevillano incluyó en su famoso *Diwan*, versos como éstos: “¡Cuán a menudo la copa ha cubierto las alas de la oscuridad con un manto de luz brillante! / Del vino apareció el sol. El oriente era la mano del amable copero, y los labios de mi amada el occidente. / Entre sus blancos dedos el cáliz del vino dorado era un narciso amarillo dormido en una copa de plata”. Mas, de todos los poemas arábigo-andaluces donde se hace mención al vino, el que acapara mi mayor admiración es el titulado *El pudor*, del visir sevillano **Abu-l-Walid Ismail ben Muhammad**, apodado **Habib** y muerto hacia el año 1048. Dice así: “Cuando ofreces a los circunstantes –como el copero que sirve en rueda los vasos– el vino de tus mejillas, encendidas de pudor, no me quedo atrás en beberlo; que a este vino lo hacen generoso los ojos de los que, al mirarte, te hacen ruborizar, mientras que al otro lo hacen generoso los pies de los vendimiadores”.

Fuera ya de Al-Ándalus, donde la literatura en lengua árabe alcanza sus máximas cotas poéticas en alabanza al vino es en la Bagdad ahora ocupada y en larvada guerra, con las maravillosas *Rubaiyats* del persa **Omar Kheyyam**, quien en pleno siglo X escribía y cantaba versos como éstos: “¡Vino! Lo creó Dios. Es de las más hermosas / muestras de su poder. ¿Quién será, pues, el tonto / que lo desprecie? ¿A qué privarnos de él si es bueno? / Y, si es malo, ¿qué belloco será el que lo ha creado? / Un sorbo de buen vino vale más que el imperio / de este mundo; la tapa de un odre, más que mil vidas, / y el paño con que enjugas el vino de tus labios, / más, en verdad, que mil mantos sacerdotales. / (...) Haced que cuando muera se me lave con vino / y sea mi ataúd de madera de cepa. / Entonces mis cenizas, aunque estén bajo tierra, / el aire llenarán de embriagador aroma; / y el creyente, al pasar al lado de mi tumba, / sin poder remediarlo habrá de sentirse ebrio.”

Curiosamente, en contra de lo que cabría suponer por el devenir de la historia desde los tiempos de Al-Ándalus a nuestros días, la tradición erótico-vinícola sigue dando aún en la actualidad perlas tan interesantes en la literatura árabe como ésta del egipcio **Edwar Al-Jarrat**, sacada de su novela *Aleandría, tierra de azafrán*: “Tus pechos son racimos de uvas, y mi espada continúa desnuda sobre tus muslos ante el terror de la noche, en medio del mar tumultuoso de mi pasión. Tu boca es dulce, y de los racimos de tus senos no cesa de gotear un vino puro y rojizo hasta la copa redonda de tu ombligo. Me embriagué con ese néctar que envidian cielo y tierra”.

Pero regresemos a nuestra propia lengua para degustar con entusiasmo y en profundidad las características ‘organo-lírico-eróticas’ de un buen poema sin mediación traductora.

Acudamos para ello al malagueño **Salvador Rueda**, tan efusivo en el amor como en el verso, tomados ambos en su justa medida: “De esplendorosos átomos bañado / tu cuello adorno con el vino nuevo / por donde corre espléndido y dorado. / Luego, mis labios a tus pechos llevo / y gusto el vino en el pezón rosado... / ¡digna es de un Dios la copa en que lo bebo!” O, mejor aún, recordemos al gran **Antonio Machado**: “Subiósele el amor a la cabeza / como el zumo dorado de la viña”. O a nuestro **Federico García Lorca**: “Las vides son la lujuria / que se cuaja en el verano”. O a su buen amigo y mejor poeta **Pablo Neruda**, de cuya *Oda elemental* extraigo las siguientes estrofas: Amor mío, de pronto / tu cadera / es la cuna colmada / de la copa, / tu pecho es el racimo, / la luz del alcohol tu cabellera, / las uvas, tus pezones (...) Amo sobre una mesa, / cuando se habla, / la luz de una botella / de inteligente vino. / Que lo beban, / que recuerden en cada / gota de oro / o copa de topacio / o cuchara de púrpura / que trabajó el otoño / hasta llenar de vino las vasijas / y aprenda el hombre oscuro, / en el ceremonial de su negocio, / a recordar la tierra y sus deberes, / a propagar el cántico del fruto”.

Rindamos culto aquí también al vino euforizante que, como quería **Montesquieu**, es “excelente antídoto contra la melancolía, y capaz de imponer leyes al espíritu”. Al vino radiante de **Ibn Hazm**, con cuya única compañía “el día de las tinieblas se abría suavemente”. Al vino fugaz de **José María Álvarez**, que parece saber lo que dice cuando aconseja: “Bebe con alegría y nada esperes, pues la vida no es más que el tiempo de esa copa”. Al vino fecundo de **Baudelaire**, que en uno de sus poemas vínicos de *Las flores del mal* se dirigía así a la botella: “¡Oh, botella profunda, / guarda para el corazón alterado del poeta / los penetrantes efluvios de los



que te pienso fecunda!”. Al vino calmante de **Guillermo Carnero**, que tan sólo “en unas breves horas puede aplacar el amor, como la cólera”. Al vino jocundo de **Rainer Maria Rilke**, quien, “en la hora serena en la que el mosto hierve y se posa todo el oro de la tarde sobre la corona de los viejos árboles”, pide al Señor maravillosamente: “Señor, ordena madurar a las últimas frutas. / Concédeles dos días más de tibieza. / Llévalas a la perfección, y deja / Que la postrer dulzura entre al vino espeso”. Al vino jocosos de **Baltasar del Alcázar**, poeta satírico sevillano del XVI, de cuya *Cena jocosa* entresacamos estas estrofas: “La mesa tenemos puesta, / lo que se ha de cenar junto, / las tazas del vino a punto: / falta comenzar la fiesta. / Comience el vinillo nuevo / y échole la bendición; / yo tengo por devoción / de santiguar lo que bebo. / Franco fue, Inés, este toque, / pero arrójame la bota: / vale un florín cada gota / de este vinillo aloque. / ¡Qué suavidad! ¡Qué claridad! / ¡Qué rancio gusto y olor! / ¡Qué paladar! ¡Qué color! / ¡Todo con tanta fineza!”. Al vino campesino de **Miguel Hernández**: “A lluvia de calor, techo de parras, / a reposo de pino, / actividad de avispa y cigarras / en el sarmiento fino, / cuerda de pompas y sostén de vino”. Al vino astral de **Jorge Luis Borges**: “En la noche del júbilo o en la jornada adversa / exalta la alegría o mitiga el espanto / y el ditirambo nuevo que este día le canto / otrora le cantaron el árabe y el persa. / Vino, enséñame el arte de ver mi propia historia / como si ésta ya fuera ceniza en la memoria”. Al vino otoñal de *Las cuatro estaciones* de **Vivaldi**: “Celebra el aldeano con baile y canciones / el hermoso placer de la bella cosecha / y del licor de Baco tanto trasiego / que con el sueño acababan sus goces”. Y, por fin, al *Vino de crianza* de **José Hierro**, cuyos versos plasmó el poeta cántabro en la etiqueta de las

botellas de su propia cosecha: “Dejadme que repose aquí, en mi cuna / de roble o de cristal, estoy cansado. / Para llegar hasta donde he llegado / sudé de sol a sol, de luna a luna. / Robé la claridad sumido en una / raíz de sombra. ‘El robo que he robado’ / lo hice oro y rubí, transfigurado / por la sabiduría y la Fortuna. / Terminé mi tarea. Ahora descansa / en la sombra mi cuerpo, en ella amansa / el hervor jovencísimo de antaño. / Pero los dioses nunca mueren, juro / que respiro. Y espero: estoy seguro / de mi resurrección al tercer año”. Y es que, como dice la copla del chileno **Nicanor Parra**, “el vino tiene un poder / que admira y que desconcierta, / transmuta la nieve en fuego / y al fuego lo vuelve piedra. / El vino es todo, es el mar, / las botas de veinte leguas, / la alfombra mágica, el sol, / el loro de siete lenguas. / Algunos toman por sed, / otros por olvidar deudas / y yo por ver lagartijas / y sapos en las estrellas”.

Y si tantos son los escritores cuyas citas llevo años recogiendo para poder ofrecérselas algún día en forma de antología a quienes sean como yo amantes del vino y la literatura tampoco han faltado ilustres políticos o científicos que hicieran lo propio, incluidos algunos de los más prestigiosos médicos de la Historia. Decía **Pasteur**, por ejemplo, que, consumido con moderación, el vino es la más sana y natural de las bebidas. Y **Alexander Fleming**, sin ir más lejos, dejó escrita en una bota jerezana la siguiente frase: “Si la penicilina cura las enfermedades, este vino resucita a los muertos”. De todos los vinos ibéricos, el *jerez* es, sin duda, el que con gran diferencia, se lleva la palma de los elogios literarios, tanto en la cantidad como en su calidad. Baste recordar de nuevo al shakesperiano Falstaff, que en la citada escena de *Enrique IV* le dice a Sir John de Lancaster: “Un buen jerez produce un doble efecto. Se me sube hasta el interior del

cerebro; allí me seca todos esos vapores tontos, torpes y toscos que lo rodean; lo vuelve perspicaz, agudo y olvidadizo, y lo llena de formas ágiles, fogosas y deleitables; todo lo cual, entregado a la voz, a la lengua, que es su principio, hace que se produzcan ocurrencias excelentes. La segunda propiedad de este magnífico jerez es que calienta la sangre, la cual, antes fría y asentada, dejaba al hígado blando y pálido, distintivo de la pusilanimidad y la cobardía, pero el jerez la calienta y la hace circular desde el interior hasta el último rincón del cuerpo. Ilumina el rostro que, al igual que un faro, manda señales al resto de este pequeño reino, es decir, al hombre, para que se arme; y tanto las fuerzas vitales corrientes como las pequeñas fuerzas del interior me llaman a revisita ante su capitán, el corazón, quien enorme y lleno de orgullo ante tal escolta es capaz de realizar cualquier acto de coraje, y este valor lo proporciona el jerez”.

Y es que no en balde el de Jerez es universalmente considerado como el “rey de los vinos”, como el más laureado vate hispano de su época, **José Zorrilla**, se encargó de inmortalizar en los siguientes versos: “¿Tú del Jerez no sabes que es el rey de los vinos? / ¿Que do un tonel se tuerce del de cualquier región, / con un pichel del nuestro, por mares y caminos, / bonificado, adquiere legal circulación? / ¿Por qué crees tú, caduco poeta vagabundo, / que el pueblo inglés alcanza por mar tan alta prez? / Porque es el que de todos los pueblos de este mundo / por mar recibe y bebe mejor y más Jerez”.

Y, por supuesto, no sólo el *jerez*, sino también un *montilla* o un *moriles*, que son los auténticos “reyes del sur”, o un *pálido* del Condado, o un *lágrima* malagueño, o un buen *costa* alpujarreño, o uno cualquiera de los cada vez mejores tintos que actualmente se elaboran en Andalucía, no pocos de ellos

aquí en Granada. Porque, en definitiva, todos tienen calidad suficiente para, como dice la *Biblia* del buen vino, “alegrar el corazón del hombre”. Y si, además de a la *Biblia*, prestamos también atención al *Refranero popular*, veremos que “el vino alegra el ojo, limpia el diente y sana el vientre”.

De una cita de la *Biblia* se acuerda también **Camilo José Cela** en su *Primer viaje andaluz* al referirse al vino: “Esto del vino es un viejo y buen invento al que los andaluces rinden todo el mucho respeto que se le debe. En el *Eclesiástico* se lee que el vino alegra el corazón del hombre. Lo malo –por otras latitudes, que no por éstas– es cuando al vino le echan agua y lo vuelven amargo y venenoso. **Lope de Rueda** veía vegetales maldiciones en el bebedor del vino con bautismo: ‘Si bebo el vino aguado, / berros me nacerán en el costado’”. Al vino aguado le echaba precisamente la culpa el tan traído y llevado Falstaff de que los jóvenes de sangre sobria terminaran por olvidar nada menos que su virilidad: “Ninguno de estos recatados muchachos ha soportado nunca ni un grado de alcohol; porque el vino aguado les enfría de tal manera la sangre que caen en una especie de enfermedad que vuelve a los hombres lívidos y después, cuando se casan, se convierten en jovencitas”. Por cierto, que lo de ‘bautizar’ el vino ha estado siempre tan mal visto que **Federico II**, en el siglo XIII, ordenó para quienes lo practicaran: la primera vez, castigo corporal; la segunda, la amputación de una mano; y la tercera ya, la muerte directa sin más contemplaciones.

Lo cierto es que el vino debe ser siempre bienvenido donde quiera que uno se halle, aunque sea incluso en el infierno, pues hasta allí gustan de él los príncipes de las tinieblas, como **Manuel Mújica Laínez** nos relata en su libro *El viaje de los Siete Demonios*:

“—El vino —proclamó Belcebú— es el mejor amigo del hombre.

—¿Mejor que el caballo, que el perro? —inquirió Mammón.

—Mejor, mucho mejor. Los suple, los sobrepasa. Si hubiera bastante vino en el Mundo, se eliminarían las guerras. No comprendo cómo no estudian ese asunto los gobernantes y los enólogos.

—Siempre habrá guerras, Excelencia —suspiró Mammón—. En ese caso, estallaría la guerra entre los fabricantes de armamentos y los fabricantes de vino.”

Cabe aquí recordar que en el siglo VIII, **Giacomo de Verona** describe en su obra *Babilonia* la salsa de vino, agua y sal, con otros ingredientes más desagradables y menos importantes, que Satán emplea para cocer a los condenados a la hoguera. Como cabe también citar en este punto la parodia festiva de **San Jerónimo**, que, como el clero de su época condenaba la bebida para todo el mundo menos para sí mismo, por los muchos excesos carnales que se cometían tras su consumo, tuvo la feliz ocurrencia de recomendar a los suyos: “Bebed, hermanos, bebed para que el diablo no os halle ociosos”.

Pero, mientras llegamos al cielo, que en el infierno prefiero no creer, y a la espera de esa antología a la que acabo comprometerme, sigamos celebrando aquí en la tierra cada año la nueva cosecha porque, como dijo el sabio y poeta rey **Salomón**, “no hay ningún secreto donde reina el vino”. Una antología, por cierto, en la que no sólo cabrán autores de elogiosos versos e ingeniosos panegíricos, sino también algunos detractores de la talla de **Tolstoi**, **Chejov** o **Dostoievski**, que se propuso redactar un pequeño folleto titulado *Los borrachos* y terminó escribiendo una de las novelas esenciales de la literatura rusa, *Crimen y castigo*. Borrachos famosos como

**Catulo, Allan Poe, Hemingway, Malcom Lowry** y tantos otros han dado, en cambio, algunas de las páginas más brillantes de la literatura vinícola. En su ensayo *Sobre la borrachera*, **Montaigne** afirmaba que “si basas el placer en beber buen vino, te condenas al dolor de tomar, en ocasiones, vino malo”. De acuerdo con el filósofo francés, pues, para ser un buen bebedor no hay que tener “un paladar demasiado delicado”; debemos tener, por el contrario, “un gusto menos exigente y más libre”. Por mi parte, yo siempre he defendido que el mejor vino es el que más le guste a la persona que se lo bebe. En cualquier caso, y como quiera que ustedes lo prefieran, lo que yo quería hoy es brindar aquí con ustedes a la manera que aprendí de **Menéndez Valdés**: “Al vino las penas: las copas llenad; / que todo lo endulzan vino y amistad”. Aunque, eso sí, sin perder nunca de vista que, como ya avisó nuestro inmortal **Cervantes**, “el vino demasiado, ni guarda secreto ni cumple palabra”. Y, como dice el francés **Emile Peynaud** y a mí siempre me gusta recordar, “saber beber forma parte del saber vivir”. No en vano el autor del famoso *Libro del vino*, uno de los más afamados enólogos del mundo, define el arte de beber con dos simples reglas: la medida y el buen gusto. Bebamos, pues, pero siempre con comedimiento, sobre todo si queremos evitar que nos pase lo que al médico sevillano **Avenzoar**, quien, en pleno siglo XII escribió este poema titulado *Después de la orgía*: “Apoyadas las mejillas en las palmas de las manos, nos sorprendió a ellos y a mí la luz de la aurora. / En toda la noche no había cesado de escanciarles el vino y de beber yo mismo lo que quedaba en su propia copa, hasta que me embriagué al igual que ellos. / Pero el vino ha tomado bien su venganza: yo le hice caer en mi boca y él me ha hecho caer a mí”. ¡Salud!

## EDUARDO CASTRO MALDONADO

Torrenueva (Granada, 1948)

Escritor y periodista, ha trabajado en numerosos medios de comunicación, entre los que destacan las revistas ‘Posible’, ‘Ciudadano’, ‘Cuadernos para el Diálogo’ y ‘La Calle’, el diario ‘El País’ y la BBC de Londres, de cuya sección radiofónica en español fue corresponsal en Andalucía durante cinco años. Secretario del consejo fundacional del ‘Diario de Granada’, fue jefe de información general de este periódico hasta su marcha a TVE en 1983. Redactor por oposición de esta empresa pública desde 1985, hasta su elección como miembro del Consejo Audiovisual de Andalucía ha permanecido adscrito a la Unidad Informativa de Granada, dependiente del Centro Territorial de Andalucía.

Ganador, entre otros, de los premios nacionales de periodismo ‘José María Bugella’ y ‘Ciudad de Almuñécar’, desde noviembre de 2001 a noviembre de 2005 ha sido colaborador fijo del diario ‘Ideal’ en la sección de ‘Puerta Real’. Una selección de sus columnas ha sido recogida en su último libro: *Sábados a contracorriente* (Granada, 2004), con el que Ediciones Dauro inauguró su colección ‘Viceversa’. Asimismo, participa en la redacción de la Enciclopedia General de Andalucía.

Desde 1998 a finales de 2005 ha sido miembro de la junta directiva de la Asociación de la Prensa de Granada, al frente de la Vocalía de Cultura, desde la que ha dirigido la colección ‘Los Libros de la Prensa’, en sus dos series, literaria y periodística. Pertenece igualmente a la Comisión de Asuntos Deontológicos y Profesionales de la FAPE (Federación de Asociaciones de la Prensa de España), encargada de redactar el Estatuto Profesional del Periodista.

Como escritor, es autor de varios libros de narrativa, ensayo y poesía, entre los que destacan los títulos de *Muerte en Granada: la tragedia de Federico García Lorca* (1975); *La mala conciencia*, novela con la que obtuvo el premio Ángel Ganivet de narrativa en 1978; *Tú (a Tacuara)* (1989), poemario amoroso galardonado con el 2º premio Arcipreste de Hita en 1981; *Versos para Federico (Lorca como tema poético)* (1986 y 1999); *Guía General de la Alpujarra* (1992 y 1995) y *El burro del Cardenal* (2003). En la actualidad tiene pendientes de publicación las obras *Granada desgranada (Guía del Patrimonio histórico artístico de la provincia)*, escrita para ‘El Legado Andalusi’, y *El ritual festivo (Tradiciones y fiestas populares de la provincia de Granada)*, encargo del Patronato Provincial de Turismo. Asimismo, es coautor de los libros *Gerald Brenan, al sur del laberinto* (1985 y 1994) y *Crónica de un sueño. Memoria de la transición democrática en Granada* (2002), habiendo además participado en los siguientes libros colectivos de narrativa, poesía y ensayo: *Se nos murió la traviata* (1978), *Los andaluces cuentan* (1981), *Ocho de octubre* (1984), *Baladas internacionales* (1985), *País de amor* (1986), *La faz de Brenan* (1994), *Antología de Puerta Real* (2002), *Granada en cuento* (2002) y *28-F: crónica de una esperanza* (2005).

En 1992 fundó junto a varias personas la Asociación Granadina de Amantes del Buen Vino, VINALIA, cuya junta directiva presidió durante sus doce años de existencia. El 25 de abril de 2005 fue elegido miembro de la Academia de Buenas Letras de Granada, donde ostentará la medalla con la letra H. Desde el 13 de octubre de 2005 es miembro del Consejo Audiovisual de Andalucía, por elección unánime del Parlamento Autonómico.



CONTESTACIÓN  
DEL  
ILMO. SR. DON JUAN DE LOXA

Excmo. Señor Presidente,  
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,  
Señoras y Señores:

“Viva el vino y las mujeres”  
(Robado a Manolo Escobar)

**P**OR invitación de un famoso bodeguero jerezano, pude apreciar, armónicamente, en el orden debido al paladar, diversos vinos de sabores generosos en su variedad, tras el feliz hospedaje en los barriles tatuados, muchos de ellos, por la huella autógrafa de mil visitantes ilustres que en aquel lugar tuvieron unos momentos de gozo para sus labios; pero en el agasajo que evoco, mi mayor sorpresa fue el de un cata-vinos pegado al suelo, para que pudieran tener acceso los ratones. Y en la pared, una fotografía, con el roedor asomándose a la copa, el mejor testimonio gráfico.

Otro ratoncillo de biblioteca y taberna de pueblo, Eduardo Castro, escritor de facetas tan amplias, siempre nos ha mostrado su gran sabiduría sobre esta página de la cultura universal y que ahora, como una degustación, nos ha ofrecido en un discurso bello y documentado: versos como racimos destilados, versos y otros textos de las literaturas de todos los tiempos por los que discurren pequeños ríos en un alambique de aromas, acaso de aquellas vides “*que trabajó el otoño / hasta llenar de vino las vasijas...*”, en palabras de Neruda.

Entiendo que el escritor, periodista, investigador, poeta y bebedor granadino, haya aclarado, en el subtítulo de su discurso, que se trata de un preliminar. Y debe ser así, pues a Eduardo Castro –a quien jamás descubrí beodo– le queda aún una larga trayectoria que justifica su curiosidad, el rigor y constancia en su trabajo y la fidelidad a sus amores.

Firma habitual en las más prestigiosas revistas de la España predemocrática e impulsor y colaborador de proyectos periodísticos imprescindibles, el hasta ahora columnista de “Ideal”, algunos de cuyos artículos fueron reunidos en su último libro *Sábados a contracorriente* (Granada, 2004), acogido por Ediciones Dauro, Eduardo Castro es poseedor de una apasionante bibliografía, en la que habría que destacar algunos títulos tan fundamentales como *Muerte en Granada: la tragedia de Federico García Lorca* (Akal Editor, Madrid, 1975), que ya desde la portada supone –en su diseño– un valiente testimonio de uno de los episodios más tristes de la guerra civil; premio Ángel Ganivet de narrativa en 1978 por *La mala conciencia*, y autor de *Guía General de la Alpujarra*, un referente tan eterno ya como *Versos para Federico*, en sus ediciones murciana (1986) y luego, corregida y ampliada, la granadina de Comares, en 1999.

Igual que Don Cristóbal es el “retablillo lorquiano”, cuando afirma “*Me gustaría ser todo de vino y beberme yo mismo*”, quisiera en estas palabras que son brazos abiertos para el querido y respetado amigo, desde ahora “Hombre H” de la Academia de Buenas Letras, adentrarme en los mundos recorridos por el escritor y figura clave en el territorio de la

comunicación de los últimos treinta y tantos años; huellas de Brenan, cuyo testimonio impreso firma y rubrica en “El Despeñaperro andaluz”, revista a contracorriente (1977), en la que Castro nos regalaba la primicia de *El burro del Cardenal*, obra no publicada hasta el 2003; panfletos clandestinos, poemas en el Zaidín por los “Derechos Humanos” ... miles de crónicas multiplicando el latido de Granada y sus heridas desde las páginas de “El País” o “Mundo Obrero” a las andas de la BBC...

Revisar trabajos colectivos donde Eduardo Castro fija nuestra historia reciente y su compromiso, *Crónica de un sueño. Memoria de la transición democrática en Granada*, es algo que para un abstemio como yo (aunque generosamente galardonado por la “Peña Uva de Oro” de Jumilla y “La Parra Flamenca” de Huétor Vega) embriaga mis sentimientos y desborda la copa en la amistad que es néctar.

Nuestro nuevo Académico, acostumbrado en su oficio periodístico a *llamar al pan, pan y al vino, vino*, ha puesto ante nuestros ojos desde los Libros Sagrados hasta los autores contemporáneos para los que, como en el cartagenero José María Álvarez, “la vida no es más que el tiempo de esa copa”.

En esta noche de farra y alegría, yo levanto el vaso cristalino para brindar, desde este *Jerez de las mil aguas* –así definió a Granada, Lorca, en su discurso de “Gallo”– por todos aquellos que, como Eduardo, *en el áspero del vino* (Rafael Guillén) te hacen entrega de algo más, como en los definiti-

vos versos del poeta José Infante: “Donde acaba la uva / está tu corazón”.

Sea bienvenido a la Academia de Buenas Letras de Granada

Este discurso, editado por la  
Academia de Buenas Letras de Granada,  
se acabó de imprimir en Granada,  
el 14 de abril del año 2006,  
septuagésimo quinto aniversario  
de la proclamación de la  
II República Española,  
en los Talleres de La Gráfica S.C. And.,  
estando al cuidado de la edición  
el Ilmo. Sr. D. Pedro Enríquez,  
Bibliotecario de la Academia.

Granada,  
MMVI